



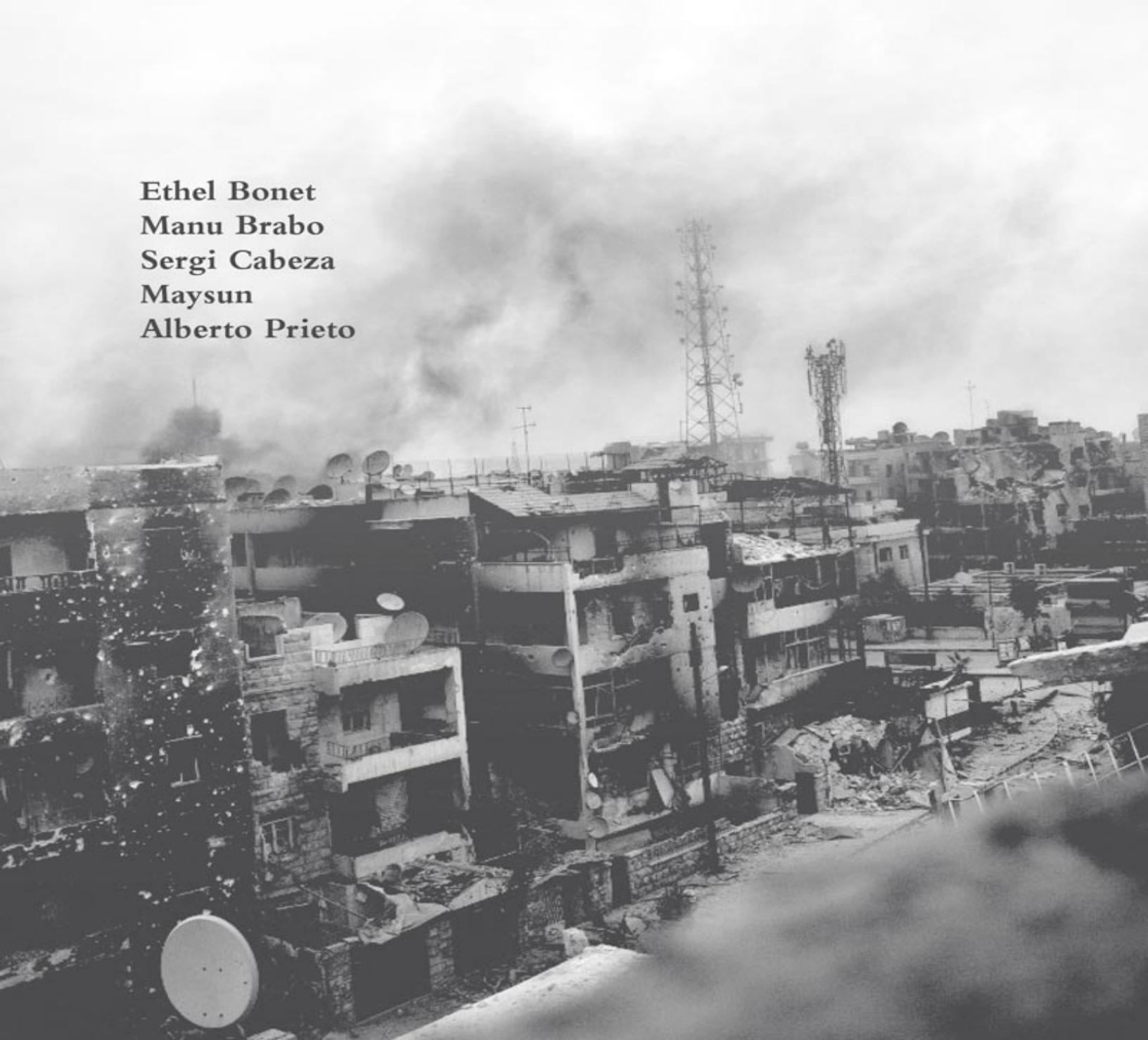
Libros.com

A contraluz

Antonio Pampliega

Siria. Más allá de Bab al-Salam

Ethel Bonet
Manu Brabo
Sergi Cabeza
Maysun
Alberto Prieto



Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[Título y autor](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo. La otra Siria. Por Ethel Bonet](#)

[El viaje](#)

[El doctor](#)

[Ciudad de vida y muerte](#)

[El traficante de armas](#)

[Los ojos de la revolución](#)

[El enterrador](#)

[El francotirador](#)

[El hospital](#)

[La batalla por Alepo](#)

[Hermanos](#)

[Hasan](#)

[El topógrafo](#)

[La huida del infierno](#)

[Epílogos](#)

[Tariq al-Bab, por Sergi Cabeza](#)

[Alepo es el 4 de octubre, por Manu Brabo](#)

[Fotografías](#)

[Autores](#)

[Mecenas](#)

[Contraportada](#)

Segunda edición digital: marzo 2015
Colección A contraluz

Fotografía de la portada: Maysun
Diseño de la colección: Jorge Chamorro
Edición: Libros.com
Corrección: Pilar Comín Sebastián
Revisión: Libros.com

Versión digital realizada por Libros.com

© 2015 Antonio Pampliega, © 2015 Ethel Bonet, © 2015 Manu Brabo, © 2015 Sergi Cabeza, ©
2015 Maysun y © 2015 Alberto Prieto
© 2015 Libros.com

info@libros.com

ISBN digital: 978-84-16616-10-7



Antonio Pampliega

Siria. Más allá de Bab al-Salam

Ethel Bonet

Manu Brabo

Sergi Cabeza

Maysun

Alberto Prieto

Al pueblo sirio, por su dignidad, capacidad de resistencia, hospitalidad y por vivir momentos tan duros con la cabeza en alto.

Al personal sanitario que trabaja en Siria. En especial, a los integrantes del devastado hospital de Dar es-Shifa por su labor, tesón y valentía. Jugarse la vida ha supuesto salvar muchas otras, aun en las peores condiciones.

A todos los periodistas muertos, heridos o desaparecidos en esta y otras guerras de todo el planeta. A los que persisten en informar pese a estar amenazados. Y a los que sin estarlo, se exponen por contar lo que ocurre en los lugares más peligrosos del planeta.

A ti, que vas comenzar la lectura de este libro, por brindar tu apoyo. Gracias.

Este libro narra historias ocurridas en Siria durante 2012.

Prólogo. La otra Siria

Por Ethel Bonet

En mi último viaje a Siria con Antonio Pampliega hablé con una mujer que se hacía llamar Umm Shahid^[1], porque su hijo, de veintiún años, había muerto por disparos de un francotirador del régimen cuando regresaba a su casa en coche, después de dejar a unos compañeros en el frente de Salma, provincia de Latakia. Umm Shahid nos abrió su roto corazón, nos trató como invitados y nos ofreció todo lo que tenía: manzanas y granadas —las más deliciosas que jamás he probado—.

Esta ciudad de mayoría suní fue liberada en junio de 2012, y desde entonces el régimen castiga a su población con intensos bombardeos, lanzando bidones de dinamita desde los helicópteros. Salma era el destino turístico por excelencia de los suníes de esta provincia en la costa nororiental por su buen clima estival y las hermosas montañas. Sus cincuenta mil habitantes se duplicaban durante los meses de julio a septiembre, cuando miles de familias acudían a pasar las vacaciones. Ahora es un infierno en la Tierra y solo tres mil vecinos viven allí.

El mayor sufrimiento de una madre es tener que enterrar a un hijo, pero esta mujer estaba orgullosa de que también el menor de los suyos, de dieciséis años, haya decidido coger un arma y unirse a los rebeldes. Umm

Shahid sacó fuerzas para hablar y exclamó: «Lo único que tenemos es tiempo, todo el tiempo del mundo hasta que caiga Bashar al-Asad». Su determinación es un ejemplo que resume bien el espíritu de todos esos sirios que están dispuestos a sacrificar sus vidas por un futuro mejor para las nuevas generaciones. Como Umm Shahid, miles de mujeres —madres o esposas— se enorgullecen de que marido e hijos hayan sacrificado la vida combatiendo en esta guerra desproporcionada de tanques y aviones de combate contra fusiles Kaláshnikov, que comenzó hace más de dos años con un levantamiento popular pacífico contra Bashar al-Asad.

La ONU calcula que han muerto unas sesenta mil personas^[2] desde que comenzaron las revueltas en marzo del 2011, pero no hay manera de contar los cuerpos destrozados por los bombardeos indiscriminados del régimen o los cientos de desaparecidos que han sido brutalmente torturados y que nadie sabe si están vivos o muertos. Tras casi dos años de guerra, el conflicto se ha convertido en algo cotidiano y, como la guerra de Irak o el conflicto entre Israel y Palestina, ya no resulta interesante para los medios de comunicación. Los periódicos han dejado de comprar reportajes sobre Siria y en los informativos apenas se le dedica unos escasos segundos para informar sobre atentados en Damasco y Alepo o sobre el recuento de muertos.

Dicen que el periodismo está en crisis, que no hay presupuesto para cubrir las guerras, las tragedias humanas y las injusticias sociales, pero todavía quedamos periodistas que con pocos medios y mucho entusiasmo queremos seguir contando historias mínimas para que no se apaguen las voces del conflicto, para que un redactor jefe no te diga que Siria es ya una guerra olvidada. Como Antonio Pampliega, todos los que participamos en este libro no solo hemos palpado la realidad de cerca, sino que formamos parte de esa realidad, porque hemos vivido con los sirios que hemos encontrado en cada viaje, hemos compartido con ellos el terror y hemos arriesgado nuestra vida a su lado. Todos nosotros hemos podido experimentar lo que se siente cuando te acorrala el miedo al oír una potente explosión, hemos corrido hasta quedarnos sin aliento bajo el silbido de las balas y nos hemos derrumbado al ver los cadáveres de niños masacrados.

Quizás una de las experiencias más dolorosas que recuerdo es la masacre de Azaz, el pasado 14 de agosto. Durante una semana me acogieron allí. Me

ofrecieron una casa para dormir, me invitaron todas las tardes al *iftar*[\[3\]](#), compartí decenas de tazas de té y cigarrillos con los activistas del *media center*. La tarde del 14 de agosto un avión MiG-21 disparó dos misiles contra una manzana de edificios donde solo había mujeres y niños durmiendo la siesta. Varios bloques de edificios se derrumbaron y decenas de personas quedaron atrapadas. Sentimientos de rabia, dolor y frustración se mezclaron entre los escombros de los muros derribados. Todos los vecinos acudieron a ayudar en el rescate y, poco a poco, fueron desenterrando los cadáveres. Aquellas personas no eran desconocidos, con muchos de ellos había compartido un *iftar*, un té o una conversación en el mercado. En aquella situación me costó muchísimo mantenerme en mi papel de periodista y no lanzar un grito de rabia ante la masacre que tenía frente a mis ojos.

Con nuestro trabajo queremos dar nombre a los anónimos, convertir lo ajeno en cercano o transformar un rostro desconocido en familiar. Para nosotros, lo que conocemos con el nombre genérico de *rebeldes sirios* son rostros y nombres propios. Ahmad, Ibrahim, Muhammad, Yaser, Abul, Huda, Rifat. Hombres de carne y hueso, algunos de ellos padres de familia, otros con su prometida en una cárcel secreta de Damasco, como Rifat, que esconde en su antebrazo un nombre tatuado, Yasmina, como quiere llamar a su primera hija cuando nazca algún día, si consigue que su prometida sea liberada.

Ante la inmovilidad de la comunidad internacional, tras los reiterados llamamientos de los rebeldes a que se les proporcionen armas, cientos de combatientes islamistas han acudido a ayudar a los contrarios al régimen. La entrada de grupos yihadistas en el escenario sirio ha hecho saltar las alarmas internacionales de una posible *iraquización* del conflicto sirio. Lo cierto es que en los últimos meses grupos afines a Al-Qaeda, como Yabha an-Nusra[\[4\]](#), han ganado popularidad al reivindicar varios atentados contra edificios gubernamentales y de las fuerzas de seguridad en Damasco y Alepo. Los rebeldes sirios desaprueban este tipo de actos perpetrados por extremistas, pero, al mismo tiempo, reconocen que la ayuda de los combatientes islamistas es imprescindible ante la inacción de Occidente.

En las ciudades bajo control del Ejército Sirio Libre (ESL) no hay personal médico cualificado porque muchos doctores han huido a Turquía por temor

a que la policía secreta los arreste. Aquellos que no se han marchado colaboran con el régimen. Los hospitales sirios no son seguros para los heridos. Los doctores y las enfermeras torturan a los pacientes, les clavan agujas en la piel o les queman el cuerpo con cigarrillos para que confiesen. Por ese motivo, los heridos son tratados en clínicas clandestinas, en viviendas particulares o mezquitas. En situaciones desesperadas naces héroes anónimos, cuyas hazañas merecen ser contadas. Muhammad Gazni Jatib, de sesenta y ocho años, es un anestesista jubilado que se convirtió en el único médico de urgencias de Taftanaz, provincia de Idlib. El doctor Jatib improvisó una sala de operaciones en una mezquita de la localidad y como instrumental utilizaba una cuchara, que hacía las veces de lanceta, y una espumadera, para separar las costillas; sin bisturí posible, para cortar la piel se servía de cuchillas de afeitar, e inventó un aparato de anestesia con viejas piezas que tenía en su casa.

Este libro nace del trabajo de un grupo de periodistas *freelance* en zonas de conflicto, que, a pesar de estar en tiempo de crisis, apuestan por el periodismo humano y de calidad. Antonio Pampliega, autor del libro *Afganistán. La vida más allá de la batalla*, nos acerca ahora a la parte más humana del conflicto de Siria, a través de los testimonios de personas comunes, sencillas, cuyas vivencias aportan un valor extraordinario para poder entender lo que realmente ocurre en esta Siria que se desangra. A través de estas historias mínimas el lector descubrirá esa otra realidad más allá de los combates, los atentados, las treguas inexistentes y las cifras de muertos.

El viaje

Diminutas gotas perladas resbalan por la enorme cristalera de la cafetería. Mira al infinito pensativo, como hipnotizado por la lluvia que cae intensamente sobre la ciudad de Antioquía (Turquía). Abstraído en sus propios pensamientos, ni siquiera el ir y venir de los camareros es capaz de devolverlo a la realidad. Bebe un sorbito de té y suspira hondamente, apesadumbrado. Sus ojos se clavan en los tres informadores españoles que tiene enfrente. Tiene una mirada fría, sin vida y amenazadora. «Siria no es Irak, no es Libia, no es Egipto. Aquí todos los días mueren una docena de personas a manos del régimen. No es un lugar seguro para nadie... para nadie», dice. Sus palabras calan hondo, y más cuando mira uno a uno a los periodistas que tiene delante para que se den por aludidos: «Tenéis que tener muy claro donde vais a entrar... Una vez dentro, solo Dios podrá protegeros.»

Recoge el cigarrillo que se consume lentamente sobre el cenicero y lo saborea de una larga calada. El humo se esparce por la cafetería del hotel Mozaik mientras todos guardan silencio y miran a Nadir fijamente esperando que termine de hablar. «Siria es lo más parecido al infierno», sentencia

mientras sus ojos vuelven a perderse en las infinitas calles de esta ciudad turca.

Las palabras de Nadir están cargadas de rabia, odio y resentimiento. Este antiguo profesor de Educación Física y amante del baloncesto huyó de su país cuando estalló la revolución popular. Su feroz actividad contra el régimen de Bashar al-Asad le granjeó innumerables enemigos y lo convirtió en uno de los objetivos prioritarios para las fuerzas de seguridad de Siria. Este chaval, apenas tiene veintitres años, es nuestro único enlace para poder entrar de manera ilegal dentro de Siria; un país blindado para la prensa internacional y en el que los periodistas son perseguidos.

Desde que el pasado 26 de enero del 2011, Hasan Ali Akleh, se prendiera fuego en la localidad de Al-Hasaka, población situada a orillas del río Jabur, en el extremo norte de Siria, para protestar contra el régimen sirio, la información sobre lo que está ocurriendo dentro sale a cuentagotas gracias a los vídeos que cuelgan los activistas en Internet. Esos contenidos audiovisuales muestran las palizas o las masacres que comete el régimen contra aquellos que se niegan a acatar el poder establecido. La violencia y la represión continúan cebándose con los más desfavorecidos: los civiles.

Nadir juguetea con su móvil. Una mueca se dibuja en su rostro, coloca el teléfono delante de los tres periodistas españoles y en la pequeña pantalla comienza a reproducirse un vídeo de baja calidad que refleja lo que está ocurriendo dentro de Siria. Unas cuantas personas, embutidas en uniformes militares, golpean sin piedad a un hombre de mediana edad que está tendido en el suelo protegiéndose la cabeza con los brazos mientras la lluvia de patadas no cesa ni un solo instante. «Son los *shabiha*^[5], la guardia pretoriana del régimen. Tienen atemorizada a toda la población siria por su crueldad y por su brutalidad. Al-Asad les ha dado carta blanca y les ha dejado claro que su misión principal es infundir el pánico entre los sirios; y son únicos consiguiendo su objetivo», asevera Nadir desafanzado con la mirada a los periodistas en busca de algún atisbo de miedo o duda.

«Los soldados sirios que se niegan a abrir fuego contra los civiles en las manifestaciones son ejecutados sistemáticamente por los *shabiha*. No tienen